

Índice

I. <i>Terroríficas</i>	13
Verónica.....	14
Vestida desde el más allá	17
La cazadora.....	20
La última novatada.....	22
El clavo	24
La fábrica del demonio	26
¡No enciendas la luz!	28
La salsa americana.....	29
La mirada perdida	32
El examen final.....	34
La noche de Halloween	35
Terror en el campus.....	35
El ahorcado	36
Un mal día	37
Caramelos envenenados.....	38
Sacrificio de gatos negros.....	39
El vecino aterrorizado.....	40
II. <i>Coches y carreteras</i>	41
La Pandilla Sangre	42
Las vacaciones de la abuela	44
El peligro de los airbag	47
El coche y el tejado	48
Cerdos en la carretera	49
Llamando a la cigüeña.....	50
Una ganga de vehículo	50
La cabeza del motorista.....	53

El deportivo trampa	54
La abuela	55
Si bebes, no conduzcas	56
La historia más terrible	56
La del gato	57
El despiste	57
La nota en el parabrisas.....	58
Estrenando coche.....	59
Visita en el asiento trasero	61
La sogá.....	63
Los chulitos del barrio	64
El coche fantástico	66
El bosque de los suicidios.....	68
III. <i>Drogas y alucines</i>	71
Pavo con sorpresa.....	72
La burundanga	77
El zumo de naranja.....	79
Los efectos alucinógenos del LSD.....	80
El sol bañaba tu piel	80
Extraño menú canino	81
Curioso dentista	82
El primero de la clase	82
Accidentes varios	82
Trágico transporte.....	83
No aceptes nada de desconocidos.....	85
Chivatos con extra de queso.....	86
Progesterex.....	86
IV. <i>Ciencia y medicina</i>	89
Ciencia.....	90
Tortilla de móvil	90
Popurrí de leyendas científicas.....	90
Medicina.....	92
El brazo perdido.....	92
La escayola	93
Espaldas tatuadas.....	94
El miedo a.....	95
Las mezclas.....	95
Las explosiones.....	96

ÍNDICE

Los virus	96
Los errores	96
Un dulce regalo	97
Y lo inevitable... ¡Llega la muerte!	98
Algunos pronósticos mortales	98
Salvar una vida	99
Falsas alarmas	100
V. <i>Comidas, toxinas y venenos</i>	101
El lápiz labial	102
Salsa con leche	103
La tarta	105
Las multinacionales de comida rápida, protagonistas	106
Kentucky Fried Chicken	106
McDonald's	109
Coca-Cola	114
Red Bull	117
La extraña chocolatina	119
Sangre en los batidos	120
Mejor sin ketchup	120
Extrañas costumbres	121
Bebida con tropezones	122
Las más escabrosas	122
Caniche agridulce	123
Mezclas explosivas	124
Leyendas a discreción	125
Las bebidas energéticas llevan hormonas de toro	125
Los m&m's son afrodisiacos	125
Las latas que matan	126
Amor por los animales	127
Joey Skaggs	128
VI. <i>Viajes</i>	131
Mal de olores	132
¿Luna de miel?	134
Recuerdo africano	137
Virgencita, ¡que me quede como estaba!	137
Política de empresa	139
Bebé a bordo	140

Pasajeros incómodos	140
Terrible acampada	142
VII. <i>Robos y alarma social</i>	145
Alarma social	146
La sonrisa del payaso	146
Secado instantáneo	147
Hot water	150
Secuestros de mujeres	151
La pizza	151
Anuncio contra la drogadicción	152
El pinchazo	152
El siniestro probador	153
El perfume	154
Secuestro de niños	154
Las jeringuillas	156
Morena mía	157
Agua contaminada	159
Vueltas y más vueltas	160
¡Hazme caso!	162
Teléfono explosivo	163
Descuido mortal	163
Robos	164
Un robo muy peculiar	164
El rapero	165
Con chándal y a lo loco	166
Robo en la carretera	167
El candado	169
El papel	169
Salvada por la mascarilla	170
Códigos secretos	171
VIII. <i>Naturaleza: animales y plantas</i>	173
Aquel simpático perrito	174
Una carta peligrosa	175
Sin aire	177
Un bonito cardado	179
La niña	182
Sentencias varias	182
De gatos	182

ÍNDICE

Una colitis de peso	182
El conejito resucitado.....	183
¡Cuidado con las papeleras!.....	184
El perro maldito	185
¡Corre a por ella!	187
¡Buen chico!.....	188
El gatito glotón	191
Los animales nos anuncian la muerte... ..	193
Plantas	193
Cumpleaños feliz.....	193
IX. <i>Negocios, tecnología e Internet</i>	197
Monedas y billetes.....	198
Fragilidad de la moneda de dos euros.....	199
Billetes que destiñen.....	199
Billetes con cocaína	200
Un negocio muy rentable	200
El indigente de Lego.....	201
Un golpe de suerte	201
¡Te lo cambiamos!	201
El viajero en el tiempo	202
El pin al revés	204
Virus telefónico, ¿dígame?	205
Algunas variantes.....	206
El posavasos.....	207
Satánico Yahoo	207
Rico en un abrir y cerrar de e-mail	209
Es duro pedir	211
El Windows de los anillos	213
X. <i>Famosos</i>	215
Suerte en la carretera	216
Un ángel llamado Juan Carlos	218
Leyendas a discreción	219
De españoles.....	219
De falsas enfermedades	220
De parejas de ficción	221
De extranjeros	224
Marylin Manson.....	226
Los grandes mitos musicales.....	228

Paul McCartney	228
Michael Jackson	229
Elvis Presley	230
Pequeños protagonistas.....	231
Tommy Hilfiger, un diseñador con clase	231
Walt Disney bajo cero	232
XI. <i>Las inclasificables</i>	233
Las luces	233
Ladrones de lluvia	235
¡No más golf!.....	235
Acupuntura adictiva	236
¡Nos vamos a pique!	236
¡Estás despedido!.....	237
Extraño ritual de admisión.....	237
¿Cine religioso?.....	238
El canapé humano	239
¡Sí quiero!	240
Pequeñas discusiones	240
La corbata.....	242
XII. <i>Las imprescindibles</i>	245
La chica de la curva	245
Versión brasileña	248
Sorpresa entre las llamas	248
Movimiento en las alcantarillas.....	250
Un robo en Las Vegas	251
¡Vaya una sorpresa!.....	254
Entrevista con Giorgio Aresu	255
Un viaje inesperado.....	256
Mi fiel perrito.....	260
<i>Bibliografía</i>	263
<i>Agradecimientos</i>	265

Terroríficas

Aunque la mayoría evite reconocerlo, todos en alguna situación determinada sentimos miedo. Ante una tormenta, al escuchar un trueno, al ver un relámpago... ¿No ha notado cómo la boca se le seca? ¿Cómo su corazón latía mucho más deprisa y se aceleraba su respiración? Es simplemente nuestro cerebro avisándonos de que debemos tomar precauciones. Ante el temor, el ser humano se prepara para huir o protegerse. Nuestro cuerpo se pone en alerta y comienza a generar sus propias defensas: el corazón se acelera, los músculos se tensan y la sangre se dirige con rapidez hacia las piernas para facilitarnos la huida; empezamos a sudar... ¡Hasta el cabello se nos eriza!

El problema viene cuando este miedo se torna incontrolable, cuando nos supera, cuando llega a extremos inimaginables. Ante esto, las reacciones de nuestro organismo comienzan a ser preocupantes: taquicardias, opresión en el pecho, temblores... es cuando entramos en lo que los expertos diagnostican como... ¡pánico! Pero... ¿dónde se encuentra la frontera entre el miedo y el pánico? ¿Qué situaciones nos provocan terror?

Los creadores de leyendas urbanas conocen desde hace tiempo la respuesta. Por un lado: callejones oscuros, cementerios lúgubres, casas abandonadas; en definitiva, parajes solitarios e incommunicados que logran provocar nuestra ansiedad. Por otro, todo lo que pertenece a otra dimensión, a la de lo desconocido: espectros, espíritus, ánimas... He aquí los ingredientes ideales para una terrorífica leyenda urbana.

Algunas las reconocerá el lector al instante porque nos han acompañado durante varias generaciones; otras en cambio son más modernas, están adaptadas a los tiempos actuales porque para ins-

pirar terror hay un elemento que resulta imprescindible... ¡Deben parecer reales!

Bienvenido al capítulo de las leyendas terroríficas.

VERÓNICA

El frío les sorprendió aquella noche y a pesar del fuego que encendieron no conseguían entrar en calor. Añadieron algunos troncos más para templar algo la estancia. Habían imaginado aquel instante en numerosas ocasiones, ya desde los tiempos del instituto, y por fin se había hecho realidad. Según lo acordado, todos traían una historia que contar. Comenzaron los relatos, casi todos con contenidos terroríficos, asesinatos, cementerios..., la tensión iba en aumento.

Por fin le llegó el turno a Isaías. Se levantó, adoptó una expresión seria y comenzó a relatar una leyenda con voz grave mientras se escuchaba el crepitar de la hoguera y los demás atendían sus palabras casi sin mover ni una pestaña:

Sucedió en nuestro instituto hace algunos años. Me la contó el conserje, Félix, ese hombre tan siniestro que sólo su presencia atemoriza. Por cierto, ¿sabéis que dicen que asesinó y despedazó a un alumno? Bueno, esa historia ya os la contaré otro día —Isaías estaba consiguiendo asustar al grupo—. Ésta le ocurrió a unos chavales hará unos siete años, cuando decidieron jugar a la ouija en el gimnasio. Unieron sus manos sobre el vaso y comenzaron a moverlo... «Espíritu ¿estás ahí?». «Espíritu ¿estás ahí?». No se sabe muy bien lo que sucedió, pero el vaso se desplazó hasta la casilla del SÍ, alguien gritó y el pánico comenzó a apoderarse del grupo, estaban atemorizados, sólo había una excepción: ¡Verónica! Una chica de cabello rizado y pelirrojo que nunca se tomaba nada en serio. Se levantó entre bromas: «¡Esto no hay quién se lo crea!», se la escuchó decir mientras se dirigía hacia la puerta con la intención de marcharse. El caso es que sin darse cuenta —ninguno supo explicar después cómo sucedió—, tropezó con algún objeto del gimnasio y se precipitó contra la estantería en la que se apilaban las pesas de musculación. El mueble osciló y varias se estrellaron contra el suelo, con tan mala suerte que

una de ellas se empotró en la cabeza de Verónica. La chica quedó paralizada, exánime, hasta que un delgado hilo de sangre comenzó a recorrer su cara. Los ojos, entornados, se le quedaron en blanco y se derrumbó como si tuviera las piernas de barro. Esa noche cambió la vida de aquellos muchachos; de hecho Félix me contó que varios de los chicos siguen aún en tratamiento psiquiátrico y uno de ellos, Israel, que al parecer llevaba unos meses saliendo con Verónica, ni siquiera ha podido recuperar el habla desde el trágico incidente. En el instituto se rumorea que el espíritu de Verónica sigue vagando por los pasillos, y que si una joven se coloca sola frente a un espejo con una vela encendida y repite tres veces el nombre de la infortunada, puede contemplar su propia muerte a través del cristal.

—¡Tú estás de coña! —exclamó jocosa Elvira.

—¡Esto no hay quien lo crea!... ¿Y dices que sucedió en nuestro instituto?

—De coña, ¿dices? —contestó Isaías, acaso tocado en su orgullo. —Pues si verdaderamente estás convencida de que se trata de una mentira, quizá lo podamos comprobar. Yo estoy seguro de que todo lo que he contado sucedió realmente. ¿Qué te parece si alguna de estas tardes, cuando el instituto esté vacío, nos colamos, entras sola en el baño y repites frente al espejo tres veces el nombre de Verónica?

—¡¡Uuuuhhh, qué mieceedoooo!!! ¡Pues claro que lo haré, no soy una cobarde como tú y los demás! —exclamó con aire de superioridad.

A la semana siguiente el mismo grupito se concentró en la parte trasera del instituto. Casi todos conocían un pequeño recoveco por el que, en alguna ocasión, se colaban en el recinto para fumar o simplemente para esconderse. Con el convencimiento de que nadie les observaba avanzaron, localizaron la ventana que previamente habían dejado entreabierta y, sin muchos esfuerzos, entraron en el edificio ahora vacío. Elvira iba a la cabeza del grupo; del bolsillo trasero de su vaquero sobresalía la vela que pensaba encender. Cuando todos estuvieron dentro, Isaías apoyó la mano en el hombro de Elvira y le susurró:

—Bueno, amiga... ¡Es hora de ser valiente! Te esperamos en el vestíbulo de entrada.

Elvira recorrió el pasillo en penumbra para dirigirse al cuarto de baño. Lo que al principio se planteó como un juego inocente, ahora, mientras caminaba por aquel recinto solitario, le pareció una banalidad a la que no se tenía que haber prestado. Pero a lo hecho, pecho. No podía ya echarse atrás y quedar como una miedosa frente al grupo.

Entró en los servicios, y al pulsar el interruptor descubrió con fastidio que no funcionaba la luz. Sólo se colaba algo de claridad a través de las ventanas.

—¡Mierda, esto ya no me está gustando nada!

Con cierto nerviosismo sacó de su bolsillo la vela y un mechero. La prendió delante del espejo.

—Verónica...

La primera vez que pronunció el nombre, muy bajito, sintió que tenía la boca seca, con un regusto amargo.

—¡Verónica!

Esta vez intentó pronunciar el nombre con más fuerza:

—¡¡Verónica!!

Súbitamente quedó paralizada frente a la imagen que le devolvía el espejo. Pudo verse a sí misma dentro de un ataúd rodeada de algunos familiares. Lo más terrorífico era que el aspecto que ofrecía era idéntico al actual, al presente. Era ella, y no daba la impresión de que hubiera pasado mucho tiempo. Aquella visión la dejó helada y de repente todo cambió. Pasó de la incredulidad al miedo en apenas unos segundos. Notó cómo sus piernas dejaron de responderla, le faltaba el aire, se apoyó sobre el lavabo intentando mantenerse en pie. Abrió el grifo del agua para mojarse la cara... ¡Necesitaba reaccionar!:

—¡No puede ser! ¡No puede ser!

Al levantar la cabeza, Elvira quedó aterrorizada. Observó que en el vaho que había cubierto el espejo algo o alguien había escrito una fecha: 27 de abril de 2006.

—Pero... eso es... ¡mañana!...

Presa de un ataque de pánico, el cuerpo de Elvira dejó de responderla; perdió el conocimiento y se desvaneció. El estruendo de la caída alertó a sus amigos, que se precipitaron hacia el baño. Lo que allí descubrieron les sobrecogió: Elvira al caer se había golpeado en la sien con un extremo del lavabo y yacía en el suelo en medio de un charco de sangre. En el espejo aún se podía leer la fecha del día siguiente, justo cuando Elvira... ¡descansaría en su ataúd!

...

Desde tiempos remotos los espejos han despertado un gran respeto. Se afirmaba que eran puertas a lo divino, a lo espiritual, a lo desconocido... a otro mundo, en definitiva.

En la Edad Media romper un espejo era considerado como un insulto a las fuerzas divinas. El que tenía la mala fortuna de hacerlo era maldecido con siete años de mala suerte.

Esta leyenda presenta numerosas variaciones; de hecho, en Estados Unidos cambian el nombre de la protagonista y de la historia, que se conocen como la «leyenda de Bloody Mary» o «de Mary Worth». En dicha versión, la joven debe repetir frente al espejo las frases «María sangrienta» o «infierno de María».

En nuestro país también circulan multitud de versiones: en unas se explica que hay que colocar varias velas frente al espejo; en otras es preciso estar desnudo al invocar; en algunas más se recomienda repetir el nombre entre tres y doce veces; aunque el final es casi siempre el mismo: la protagonista podrá contemplar en la imagen que le devuelve el espejo el espectáculo tenebroso de su propia muerte.

Esta leyenda es una de las muchas relacionadas con el juego de la ouija. Su objetivo es convencernos de que practicar con el maldito tablero no es una buena idea. También quiere advertirnos de que realizar cierto tipo de rituales o conjuros sólo puede acarrear consecuencias funestas.

VESTIDA DESDE EL MÁS ALLÁ

Las cinco amigas habían decidido pasar dos días juntas, un fin de semana diferente. A todas les encantaban las historias de miedo y por eso se habían animado a alquilar aquella casa rural en el centro de un pueblecito medio abandonado. Aquella localidad tuvo gran relevancia en otras épocas lejanas, pues estaba situada en las inmediaciones de un castillo medieval, centro neurálgico de poder en los tiempos de la aristocracia feudal.

Alguien les comentó que aquel viejo caserón destacaba de entre todas las construcciones y que su aspecto se asemejaba más al de un castillo encantado que al de una casa rural. Al parecer, la dueña de la casa era lo más parecido a una ama de llaves de las películas

de terror. Estos argumentos les parecieron inmejorables, y el decorado, muy adecuado para vivir un fin de semana terrorífico.

Las cinco amigas quedaron gratamente sorprendidas cuando conocieron la lúgubre vivienda y a su enigmática custodia. Realmente la inquietud se respiraba en cada rincón, y aunque buscaban emociones fuertes, por alguna causa desconocida procuraron no separarse las unas de las otras. Deshicieron juntas las maletas, iban al baño de dos en dos, cenaron pegadas y también en grupo se sentaron frente a la chimenea encendida para tomar un té y calentarse un poco en aquella noche especialmente gélida. Mientras charlaban animadas se apagaron las luces de la casa. La luz de las llamas proyectaba extrañas y caprichosas formas en las paredes y en el techo... De repente la puerta chirrió con un sonido penetrante y se abrió de golpe. Seguidamente entró la dueña. Su cara se deformaba por las sombras que salpicaban su rostro causadas por un candelabro oxidado que sujetaba entre sus manos huesudas.

Ninguna de las cinco pudo evitar un grito agónico y entrecortado que les provocó la inesperada aparición.

—¡Por favor, chicas, no os asustéis! —susurró la extraña mujer con la intención de tranquilizarlas—. ¡No ha sido más que un apagón! En este pueblo sucede a menudo. Por cierto... ¿Todo es de vuestro agrado?

Las jóvenes se acurrucaron unas contra otras limitándose a asentir.

—Ya que estáis todas juntas... ¿Qué os parece si os cuento una leyenda? ¿Os gustan las historias de miedo?

Se miraron entre sí, y una actuó de portavoz del grupo:

—No estaría mal. ¿Se sabe alguna?

—¿Alguna? —contestó la dueña dejando escapar una sonrisa irónica—. Claro que sí. Conozco... ¡La Historia! —exclamó enfatizando estas últimas palabras. Una ráfaga de viento avivó el fuego y la sala se iluminó de súbito.

—Os he dicho que se trata de «La Historia» porque transcurrió aquí, en el interior de esta humilde casa. Entre estas paredes vivía una joven de lo más agraciada, lo tenía todo: guapa, alta, de figura delicada... ¡Qué curioso! ¡Tendría más o menos vuestra edad! En cierta ocasión fue invitada a un baile que celebraba el hijo de una de las familias más pudientes de la zona. Al parecer, el joven se había fijado en la muchacha y tras localizar su dirección decidió mandarle una invitación para la fiesta. ¡Imaginaos qué contenta se puso aque-

lla joven! Sería su oportunidad de conocer un mundo muy diferente al suyo y hasta ¿quién sabe?, tal vez podría enamorar a aquel muchacho y llegar a convertirse en su mujer. Entre sueño y sueño, la joven se percató enseguida de un detalle: carecía de un vestido apropiado que lucir aquella noche y tampoco tenía dinero para derrocharlo de esa forma. Una de sus amigas, al verla tan triste le dijo: «¿Y por qué en vez de comprar un traje de baile, no lo alquilas? Seguro que es mucho más barato». La joven se acercó hasta la modista del pueblo y por una cifra razonable consiguió para la fiesta un precioso modelo, digno de una princesa, y que además se ajustaba a su cuerpo como un guante. Estaba realmente guapa y distinguida y fue la sensación de aquella velada. No paró de seguir el compás de la música en toda la noche mientras los pretendientes hacían cola y se la disputaban. Ella estaba radiante y pensaba que su suerte iba a cambiar. Exhausta por el baile, comenzó a marearse, se acercó hasta una ventana intentando que el aire fresco la reanimara. ¡No funcionó! Cada minuto que transcurría iba encontrándose peor. Reuniendo las escasas fuerzas que le quedaban, regresó a su hogar, o sea, esta casa, y se tumbó en el sofá, justo en ése en el que ahora estáis sentadas.

Una de las amigas dio un respingo instintivamente. Otra se levantó para sentarse en el suelo y poder escuchar la historia, más de cerca sin perderse detalle.

—Como os decía, la muchacha se encontraba realmente mal; su madre, alarmada, le colocó paños fríos en la frente para intentar calmar aquel desasosiego. La chica, entre sudores, no dejaba de gritar que una mujer se le aparecía gritándola: ¡Devuélveme el vestido!, ¡devuélveme el vestido!... ¡Pertenece a los muertos! La madre estaba cada vez más angustiada escuchando a su hija, viendo cómo sus ojos iban perdiendo vida, cómo se consumía lentamente. A las pocas horas la joven falleció ahí mismo, en el sofá. Con gran consternación y extrañeza, el forense que realizó la autopsia del cadáver descubrió que la muchacha había muerto envenenada ¡con productos de embalsamar! Al parecer, restos del citado líquido depositados en el vestido habrían penetrado a través de los poros de su piel a medida que su cuerpo iba calentándose por el baile. La policía inició las investigaciones pertinentes y se presentó en la casa de la modista. La dueña se vio obligada a declarar que un enterrador se lo había vendido a su ayudante. Sin duda, debía de haberlo robado del cuerpo sin vida de una joven justo antes de que cerraran definitivamente el féretro.

Inesperadamente retornó la luz a la estancia. Las amigas gritaron de nuevo, lo estaban pasando realmente mal.

—¡Venga, chicas, tranquilas! ¡Que ya llegó la luz! Bueno, espero que os haya gustado la historia —aquella enigmática mujer se levantó y volvió a coger el candelabro—. Y ahora os dejo, ¡mañana tengo que madrugar! ¡Que paséis buena noche!... ¡Ah! Y si veis a una joven con un precioso vestido de fiesta en medio del pasillo... ¡no os asustéis!

La dueña salió de la estancia riéndose de su propio sarcasmo y las jóvenes decidieron también irse a dormir... Eso sí, ¡todas juntas en una habitación!

LA CAZADORA

—¡En qué hora se me ocurriría coger la moto!

Roberto se quejaba mientras la lluvia caía sin interrupción sobre el asfalto. Aparcó junto al acceso principal de una discoteca donde, todos los fines de semana se dejaba caer para tomarse algunas copas. Mientras colocaba el candado en la rueda la vio aparecer: una joven de largos cabellos humedecidos, ataviada con un vestido primaveral que apenas si cubría sus formas y que llevaba los brazos cruzados sobre el pecho, como si quisiera retener el poco calor que le quedaba en su cuerpo. Roberto, conmovido por la escena, comprendió que no la podía dejar marchar en aquellas condiciones:

—¡Eh, espera! —gritó. Se quitó su cazadora de cuero para ponérsela a la joven sobre los hombros.

—¡Mírate, estás empapada y congelada! ¡Ven, pasa conmigo, te invito a tomar algo!

La joven accedió y entraron juntos en la discoteca. No se separaron en toda la velada, charlando, bebiendo y divirtiéndose. Roberto se ofreció para acompañar a la muchacha, que dijo llamarse Yolanda, hasta la puerta de su casa.

El amanecer era muy frío, y aunque ya había dejado de llover, el ambiente era húmedo y gélido. Montaron en la motocicleta y ella se aferró fuertemente a su cintura, él notaba sus temblores. Roberto se dirigió en la dirección que la joven le había indicado. Conocía con detalle cada metro de la carretera, se anticipaba a cada curva y en todas le suplicaba que disminuyera la velocidad, tenía mucho miedo a sufrir un accidente. Cuando llegaron, Roberto

detuvo la moto junto a la acera. Yolanda bajó a la calzada e hizo el ademán de devolverle la cazadora.

—No te preocupes, ahora no siento frío; si te parece, mañana me paso y la recojo. ¿Cuál es tu piso? ¿Te viene bien a eso de las cinco? —preguntó Roberto.

Yolanda asintió con la cabeza, sin emitir palabra alguna y besó fugazmente sus labios. Inmediatamente desapareció.

A la mañana siguiente el joven regresó ilusionado a la casa de su nueva conquista. Una señora de pelo cano abrió la puerta.

—Hola, ¿cómo está? Esto... yo... había quedado con Yolanda para recoger mi cazadora y tomar algo.

La mujer dejó caer el vaso que llevaba en su mano; Roberto se asustó con el ruido de los cristales al estallar en mil pedazos. El rostro de la mujer se demudó:

—Pero... ¿Qué broma es ésta?

—Esto es en serio, señora. Ayer le dejé mi cazadora a Yolanda y quedamos en que vendría a recogerla hoy.

La señora se puso muy nerviosa y pidió a Roberto que describiera a la joven. A medida que escuchaba las explicaciones su expresión se fue tornando aciaga, amarga, y entonces estalló en un llanto desconsolado. Cuando pudo recuperar el aliento alcanzó a decir:

—Justo así era Yolanda, mi hija, pero ella... ¡murió hace cinco años! Un día de mucha lluvia, mientras conducía hacia la discoteca su moto derrapó, su cuerpo quedó destrozado en una curva... ¡Fue horrible! En el cementerio, aquí muy cerca, hay una foto de mi hija incrustada en la lápida. Es la única que conservo. Acompáñame si no me crees.

Fueron ambos hasta el cementerio, a cinco minutos escasos de la vivienda. Roberto, aún escéptico, seguía a aquella mujer que le precedía deslizando sus pies trabajosamente por el peso de la tristeza.

A Roberto le faltó poco para quedarse allí clavado, convertido en una piedra más. Tal como le advirtió la madre de Yolanda, la fotografía, aunque desfigurada por el paso del tiempo, mostraba la imagen de Yolanda tal y como la conoció aquella noche. No podía ser de otra. La joven le sonreía desde la lápida con complicidad. Fue en ese preciso momento cuando Roberto se quedó paralizado. Su cazadora se encontraba apoyada sobre la tumba. No había duda... Era la misma que le había prestado a Yolanda la noche anterior.

. . .

Muchos consideran que esta leyenda urbana es una versión moderna de la chica de la curva. Tiene su origen en Estados Unidos y se trasladó posteriormente a Europa. En España el relato tiene una ubicación específica: la discoteca *Androides*, situada en la calle Alfares de la localidad de Talavera de la Reina, en la provincia de Toledo. Un local de moda allá por la década de 1980 y envuelto en infinidad de misterios. Se rumoreaba que se escuchaban sonidos muy extraños: gritos, lamentos, sollozos... También que se habían producido sorprendentes apariciones, e incluso, que de la pared alcatada de los lavabos en ocasiones había manado lo que parecía sangre. Ésta es una de las pocas leyendas que es posible situar en un local determinado. Al igual que en la leyenda de la chica de la curva, la enseñanza que nos quiere transmitir es que tenemos que estar mucho más atentos en la conducción, en este caso de motocicletas, y sobre todo en los días lluviosos.

LA ÚLTIMA NOVATADA

—Un, dos... un, dos... un, dos...

El sargento marcaba el paso autoritariamente y todos los reclutas lo acompañábamos, poniendo mucha atención para no cometer ninguna equivocación. La semana estaba siendo especialmente dura porque los veteranos no dejaban de molestar e importunar con sus inaguantables novatadas. Yo ya había padecido unas cuantas, aunque por suerte no fueron muy macabras; la peor parte la llevaba Gerardo, el buenazo de la unidad, un gigantón con un corazón que no cabía en su pecho, y que aguantaba estoicamente una broma tras otra.

Después de la instrucción nos dirigimos rápidamente hacia las duchas. Teníamos que estar listos lo antes posible. Eso significaba más tiempo para disfrutar en la cantina. Cuando nos disponíamos a marchar algunos veteranos se acercaron a nuestro grupo. La cosa no pintaba nada bien.

—Venga, Gerardo, vente a dar una vueltecita con nosotros —le ordenaron amenazantes.

—¡Dejadle tranquilo! ¡Ya está bien, no paráis de hacerle cosas!
—les increpé indignado a riesgo de que se ensañaran conmigo.